

Dilemas del socialismo moderno

Más acá de la utopía, más allá del pragmatismo

GONZALO D. MARTNER

La identidad socialista se fue debilitando en las últimas décadas, en paralelo a la crisis de los Estados de Bienestar de la posguerra y a las transformaciones económicas y productivas a escala global. En ese marco, las soluciones social-liberales de la llamada «tercera vía» no hicieron más que agravar ese debilitamiento. Haciendo un balance del socialismo en el siglo XX –y en particular, de la experiencia chilena–, el autor señala que una izquierda moderna debe retomar con nuevos bríos y de manera creativa la aspiración a más comunidad, fraternidad, justicia y libertad que estuvo en la fuente del socialismo de los siglos XIX y XX.

■ La historia

Lecciones del fracaso del socialismo

real. Las corrientes socialistas, socialdemócratas y sindicalistas han postulado históricamente que solo las luchas sociales y políticas pueden acabar con la pauperización –absoluta o relativa– y la deshumanización que provoca la apropiación privada de los medios de producción en las clases y los grupos sociales explotados y subordinados. Su planteamiento

original puso en cuestión la apropiación privada de los excedentes económicos por los poseedores del capital y sostuvo que la redistribución debía hacerse desde el corazón del proceso de producción.

Las vertientes más radicales del socialismo del siglo XIX consideraron inviables las formas cooperativas de producción y la regulación de los mercados y propusieron en cambio poner directamente en manos del Estado

Gonzalo D. Martner: es profesor titular de la Universidad de Santiago de Chile. Fue presidente del Partido Socialista de Chile.

Palabras claves: socialismo, democracia, capitalismo, igualdad, Tercera Vía, Concertación, Chile.

los medios de producción y de cambio. Esto al fin se concretó en el siglo xx con las revoluciones rusa, china y cubana, entre otras, que establecieron regímenes de partido único sin libertades democráticas, un modelo que perduró mucho más allá de las necesidades de la emergencia revolucionaria inicial. En paralelo, se avanzó en una fuerte centralización estatal de la asignación de recursos (los precios y las cantidades de bienes eran fijados administrativamente a través de una planificación central obligatoria que funcionaba como principal mecanismo de coordinación) y de la propiedad de las empresas productivas y de distribución (con excepción, en algunos casos, de algún sector cooperativo y de propiedades campesinas, y más tarde de empresas de capitales extranjeros)¹.

La versión soviética de la lucha socialista derivó en un autoritarismo extremo. En la experiencia estalinista, lejos estuvo de realizarse la abolición del Estado como aparato de dominación, esa «boa constrictora» que aprisiona a la sociedad, al decir de Karl Marx en *La guerra civil en Francia*, un texto de 1871. Por el contrario, el comunismo soviético estableció una dictadura burocrática que suprimió toda libertad, sin conseguir los niveles de igualdad ni de prosperidad colectiva prometidos. Esta experiencia dañó la esperanza emancipatoria del proyecto socialista, aunque su derumbe en 1989 dejó atrás la posible

identificación del socialismo moderno con el comunismo soviético.

La «economía de comando» en la órbita soviética se hizo cada vez menos posible de aplicar frente a las complejidades de coordinación de precios y cantidades en economías con progreso técnico acelerado. Así, fueron emergiendo dificultades insuperables para reunir en forma centralizada la información pertinente sobre la multiplicación y diversificación generalizada de la producción de bienes y servicios y la dispersión espacial, muchas veces a escala mundial, de los respectivos procesos de producción. En palabras de Perry Anderson,

la planificación centralizada realizó proezas notables en condiciones de asedio o de guerra, tanto en las sociedades comunistas como en las capitalistas. Pero en tiempos de paz, el sistema administrativo en los países comunistas se demostró totalmente incapaz de controlar el problema de la coordinación de los agentes en economías cada vez más complejas, y engendró niveles de derroche e irracionalidad que superan con creces los de las economías de mercado en el mismo periodo, para manifestar finalmente un síntoma de crac potencial.²

1. Ver Marie Lavigne: *Del socialismo al mercado*, Encuentro, Madrid, 1997.

2. «El capitalismo después del comunismo» en AAVV: *¿Hay alternativa al capitalismo? Congreso Marx Internacional*, Kai, Buenos Aires, 1996, p. 58.

La experiencia mostró que la centralización estatal genera múltiples problemas de coordinación y de información que dificultan la asignación de recursos y que, en el mejor de los casos, permite un crecimiento extensivo, incluso por periodos que pueden ser prolongados (lo que fue el caso en la Unión Soviética y los países del Este europeo entre 1950 y 1970), pero con un fuerte sacrificio del consumo, poca eficiencia en el uso de recursos, una economía paralela subterránea y amplios daños ecológicos. Los escasos incentivos al aumento de la productividad terminaron por provocar el colapso de la URSS, la reforma de la economía centralizada en China y su mantenimiento ortodoxo solo en países pequeños como Corea del Norte y Cuba, que siguen enfrentando problemas económicos severos que no siempre pueden ser explicados por el bloqueo económico que sufren³.

El capitalismo, la socialdemocracia y la tercera vía. En efecto, la utopía de una emancipación universal proveniente del predominio del proletariado resultó ser un proyecto político cuestionable y sin base histórica. Convengamos con Anderson en que el proyecto socialista decimonónico suponía la existencia de un *agente subjetivo*: las nuevas relaciones de producción poscapitalistas serían puestas en práctica por el trabajador colectivo generado por la propia industria moderna, es decir, la clase obrera cuya conducta refiguraba los

principios de la sociedad futura. A su vez, la *institución clave* de tal sociedad sería la planificación concertada de los productores libremente asociados, sin intercambios de mercado, que a través de la abolición de la propiedad privada compartirían sus medios fundamentales de existencia, distribuyendo los bienes producidos según la capacidad de cada cual en función de las necesidades de cada uno, en una sociedad sin clases y sin Estado.

El primer aspecto (la generalización de la relación salarial y la expansión de la clase obrera hasta el punto de hacerse mayoritaria y lograr «expropiar a los expropiadores») no se registró en las sociedades periféricas heterogéneas, como las latinoamericanas, caracterizadas por economías duales con un

3. Raúl Castro ha diagnosticado con crudeza los problemas de la economía en Cuba: «Sin que las personas sientan la necesidad de trabajar para vivir, amparadas en regulaciones estatales excesivamente paternalistas e irracionales, jamás estimularemos el amor por el trabajo, ni solucionaremos la falta crónica de constructores, obreros agrícolas e industriales, maestros, policías y otros oficios indispensables que poco a poco van desapareciendo. (...) Sabemos que sobran cientos de miles de trabajadores en los sectores presupuestado y empresarial, algunos analistas calculan que el exceso de plazas sobrepasa el millón de personas». Y concluye: «en resumen, continuar gastando por encima de los ingresos sencillamente equivale a comernos el futuro y poner en riesgo la supervivencia misma de la Revolución». Discurso pronunciado en la clausura del IX Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas, La Habana, 4 de abril de 2010, disponible en <www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/2010/esp/r030410e.html>.

amplio sector informal y precario; en tanto, en los países capitalistas centrales, la tendencia al crecimiento con una articulación sistémica de las condiciones de la producción y el consumo de masas se verificó aproximadamente desde la Revolución Industrial hasta los «30 años gloriosos» del capitalismo regulado posterior a la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones fraccionaron e internacionalizaron los procesos productivos, la clase obrera fabril disminuyó en número y aumentó sustancialmente la actividad de suministro de servicios sociales y de servicios de apoyo a la producción de bienes.

La condición asalariada se fragmentó y diversificó, lo que generó nuevas desigualdades y debilitó los sindicatos. Muchos proveedores de servicios no son ya mecánicamente subordinables por el capital, en especial cuando tienen funciones de creación y concepción de productos, o de gestión basada en el conocimiento y la información, y en determinadas circunstancias adquieren la capacidad de obtener mejores sistemáticas de su nivel de vida. Por su parte, los ocupados en trabajos asalariados de ejecución, precarios, mal pagados, junto con quienes ejercen el autoempleo de subsistencia y quienes sobreviven en condiciones de exclusión y marginalidad, aspiran a la integración en empleos estables y no logran constituirse en actores socia-

les colectivos como los que suponía Marx llevarían inevitablemente a la sustitución del capitalismo.

La alternativa socialdemócrata («el mercado donde sea posible, el Estado donde sea necesario») tuvo el mérito de afianzar la primacía democrática y de construir modalidades extendidas de Estado de Bienestar en las sociedades industriales y en algunos países periféricos. Pero la evolución globalizada y financiarizada del capitalismo después de 1975 cambió las bases de acción de la socialdemocracia clásica, y esta retrocedió en Europa y el resto del mundo. La década de 1970 marcó el inicio, a escala global, de la construcción en Occidente de sociedades posindustriales y del divorcio entre políticas económicas y políticas sociales en escala nacional, con la liberalización de los mercados, la apertura de las economías, la dinamización de las economías emergentes de Asia, el traslado de la manufactura a los países de bajos salarios y la financiarización creciente, lo que, junto con el acelerado cambio tecnológico, horadó los distintos tipos de pactos que sustentaban el Estado de Bienestar de posguerra en aras de la competitividad de las economías. Los países emergentes, y especialmente China, cuestionaron los equilibrios de posguerra con sus economías de bajos salarios y escasas regulaciones sociales y ambientales y debilitaron las bases del compromiso social de posguerra.

Esto marcó incluso a una parte de las corrientes socialistas y socialdemócratas, que evolucionaron, luego de una etapa de refuerzo de la intervención estatal que llevó el gasto público a sus más altos niveles en las décadas de 1980 y 1990 en las economías centrales, hacia una crítica al Estado de Bienestar y a una estrategia de adaptación a la economía globalizada, con el neolaborista británico Tony Blair a la cabeza. Este puso énfasis en la creación de capital humano, en una lógica de autonomía individual y de flexibilidad de las inserciones laborales y en nombre de la lucha contra los corporativismos, abandonando la política industrial y los programas sociales incondicionales⁴. El resultado de la ola neoliberal y «blairista» en Occidente fue una mayor fragilización de los asalariados, de los jóvenes, de las mujeres (que entraron masivamente en el mercado de trabajo) y de los trabajadores no calificados; un retroceso redistributivo en favor de los ingresos del capital y, en algunos casos, un retroceso del Estado de Bienestar, en medio de fuertes cambios demográficos y familiares, retroceso que no fue impugnado por la socialdemocracia de tinte liberal⁵. La liberalización de los mercados financieros desde 1990 creó, por su parte, las condiciones para la mayor crisis económica desde 1929, desencadenada en 2007-2008, lo que deslegitimó fuertemente la idea de la autorregulación de los mercados y creó las condiciones para repensar la opción socia-

lista democrática e insuflarle nuevo dinamismo⁶. En este retroceso general destaca, no obstante, el «modelo nórdico», que realizó reformas capaces de volver a dar una base económica y financiera sólida al Estado de Bienestar y que en medio de las turbulencias globales mantiene, junto con algunos otros países europeos, economías sólidas con las más altas capacidades redistributivas del mundo contemporáneo.

En América Latina, al iniciarse el siglo XXI, luego de la etapa de las dictaduras militares y de la ola neoliberal, se produjo una inédita mayoría

4. Esto fue justificado por Anthony Giddens, inspirador de la «tercera vía» de Blair, del siguiente modo: «los valores de izquierdas, es decir, la solidaridad, la reducción de las desigualdades y la protección de los vulnerables, además de la fe en el papel clave de un gobierno activo para luchar por ellos, seguían intactos, pero las políticas concebidas para materializarlos tenían que cambiar radicalmente. (...) Había que establecer una relación diferente entre el gobierno y las empresas, reconociendo tanto el papel principal de estas en la creación de riqueza como los límites del poder estatal». Sin embargo, el balance de Giddens tiene aspectos lapidarios: «Las políticas laboristas conllevaban una considerable intervención del Estado en la vida económica, aunque fuera principalmente para incentivar la oferta, y había un auténtico interés en mejorar la justicia social. Con todo, los líderes del laborismo tendrían que haber dejado mucho más claro que reconocer las virtudes de los mercados no equivale en modo alguno a postrarse ante ellos». A. Giddens: «Auge y caída del Nuevo Laborismo» en *El País*, 13/5/2010, disponible en <http://elpais.com/diario/2010/05/13/opinion/1273701604_850215.html>.

5. Tony Judt: *Algo va mal*, Taurus, Madrid, 2010.

6. Dani Rodrik: *The Globalization Paradox: Why Globalization, States, and Democracy Can't Coexist*, Oxford University Press, Oxford, 2011.

de gobiernos progresistas y democráticos de variadas configuraciones, incluyendo derivas populistas con liderazgos personalistas pero que re-vertieron en parte la regresión distributiva y la desnacionalización de los recursos naturales. Esto le ha permitido a la región atravesar la actual crisis de la economía mundial en mejores condiciones que nunca antes en la historia y beneficiarse de un mayor crecimiento y, en algunos casos, de mayor equidad⁷.

■ El proyecto socialista democrático en el siglo XXI

Valores civilizatorios e igualdad. El desafío socialista democrático en el siglo XXI es la transformación igualitaria y ecológica de la sociedad. No se trata de suprimir el mercado y abolir el Estado, sino de construir una nueva articulación entre Estado democrático, sociedad civil y mercados regulados a escala local, nacional y mundial, para fundar racionalmente un sistema social que sea un auténtico avance igualitario y ecológico respecto del capitalismo globalizado⁸. Materializar esa esperanza solo puede traducirse en una acción prolongada de transformación, en la que se hacen realidad progresivamente los valores civilizatorios del socialismo y del progresismo en el contexto de las instituciones democráticas. Para ello se requiere de procesos de reforma y transformación continua, capaces de producir metamorfosis

radicales en las estructuras de poder y en el orden social, que consagren en algunas áreas la igualdad de oportunidades y en otras la igualdad de resultados y pongan en cuestión el productivismo cortoplacista que amenaza el planeta. El socialismo lucha por los derechos del mundo del trabajo y también por la igualdad social entre los géneros y contra la discriminación de la mujer, contra la xenofobia, contra la discriminación étnica, contra la discriminación de que son objeto las minorías sexuales, contra las discriminaciones producidas por el peso de los oscurantismos culturales y de los impulsos humanos proclives al autoritarismo y a la intolerancia.

Se trata de seguir optando por el valor de la igualdad, es decir, por una sociedad de iguales en dignidad, en derechos y en oportunidades, y por el valor de la libertad, es decir, por la ausencia de dominación y el respeto de la diferencia. Es por ello que Norberto Bobbio define ser de izquierda como privilegiar el valor de la igualdad, incluyendo la igualdad en el disfrute de la libertad, frente a otros valores. Así, la historia del socialismo

7. G.D. Martner: «América Latina en la crisis global» en *Economía Exterior* N° 59, invierno de 2011.

8. G.D. Martner: *El socialismo y los tiempos de la historia. Conversaciones con Alfredo Joignant*, Prensa Latinoamericana / Cesoc, Santiago de Chile, 2003; y *Remodelar el modelo. Reflexiones para el bicentenario*, LOM, Santiago de Chile, 2007.

es en gran medida la historia de los ideales igualitarios, perseguidos ya sea a través de la abolición completa de la propiedad privada –que era considerada por Jean-Jacques Rousseau como la causa principal «de la desigualdad entre los hombres»– o a través de una gama de políticas públicas destinadas a promover la justicia social mediante diferentes formas de redistribución de los ingresos⁹.

Desde la perspectiva socialista democrática, la libertad –es decir, la expresión de la diversidad, de la no uniformidad, de la autonomía, que es la gran promesa de la Modernidad– debe poder ser ejercida en plenitud por todos y no solo por una minoría privilegiada económicamente dominante. Solo es en verdad libre el individuo emancipado de la tiranía del dinero y del capital y en interacción humana positiva con otros, que cultiva relaciones de fraternidad y concibe la realización de los otros como parte de la realización propia en tanto integrante de una comunidad de destino.

Si se descarta la idea de la emancipación proletaria y universal que resultaría de procesos históricos inevitables, tiene sentido enunciar criterios igualitarios por los que vale la pena organizar luchas políticas emancipatorias. Uno de estos criterios es la preferencia por la igualdad de oportunidades de autorrealización y bienestar, de influencia política y de estatus

social que, para John Roemer, «implica tanto una condena de la explotación capitalista –por basarse en una injusta desigualdad en la distribución de los medios de producción–, como un apoyo al Estado de Bienestar»¹⁰. Para este autor, el Estado de Bienestar debe redistribuir más allá de la pertenencia directa al proletariado, pues quienes no poseen sino su fuerza de trabajo «no constituyen ya una mayoría en las sociedades capitalistas avanzadas», ni «son tampoco de una manera evidente miembros de la clase obrera productiva los más necesitados (minorías raciales, especialmente las mujeres dentro de esas minorías, parte de los ancianos, los que dependen de la asistencia pública y los desempleados)». Entonces, pregunta Roemer:

¿solo quienes producen riqueza merecen recibirla, o debería recibirla todo el mundo en la medida en que tenga un derecho a la autorrealización y al bienestar? El único argumento ético sólido a favor del socialismo es el argumento igualitarista. (...) Los socialistas deberían no ser dogmáticos acerca de qué tipos de derechos de propiedad sobre los medios de producción conducirían a las tres igualdades (...). El vínculo entre el socialismo y la propiedad pública es tenue. Los socialistas deberían desear los derechos de propiedad

9. N. Bobbio: *Izquierdas y derechos*, Taurus, Madrid, 1989 y «At the Beginning of History» en *New Left Review* vol. 1 N° 231, 1998, pp. 82-90.

10. *Un futuro para el socialismo*, Crítica, Barcelona, 1995, p. 28.

conducentes a una sociedad capaz de promover óptimamente la igualdad de oportunidades para todos.¹¹

En este contexto, Roemer señala que la igualdad de bienestar y autorrealización como completa igualdad de resultados –siguiendo a John Rawls y su idea de las *desigualdades justas*– implicaría para la sociedad la obligación de suministrar dotaciones gigantescas de recursos a quienes se propusieran objetivos caros e irrealistas; en cambio, «apelar a la igualdad de oportunidades de bienestar me impone una cierta responsabilidad de elegir objetivos generadores de bienestar que sean razonables». Es una visión en todo caso más amplia que la igualdad de oportunidades liberal, reducida a que no haya discriminaciones en los contratos de trabajo y a que todos tengan acceso a la educación y avancen en ella según el mérito. En efecto, Roemer afirma la necesidad de ir mucho más allá en la igualdad de oportunidades: que las personas sean compensadas por los impedimentos y dificultades causados por condiciones que no pueden controlar. Las *oportunidades* están insertas en *condiciones, situaciones y posiciones* históricamente construidas que determinan en alto grado los *resultados*.

No obstante, Michael Walzer tiene razón al observar que existen diversas «esferas de justicia». Defiende una concepción de igualdad comple-

ja que supone se preserve la separación de las diversas esferas de la vida social y la inconvertibilidad de las categorías de bienes constitutivas de cada una de esas esferas. Así, el peso igual de cada ciudadano en el proceso de decisión política, el derecho igual de cada trabajador a participar en las decisiones de su empresa, el acceso al éxito escolar según el solo criterio del mérito o el acceso a las atenciones de salud en función solo de las necesidades y no del ingreso de cada cual, son diversos criterios de igualdad relevantes en su esfera pero irreductibles el uno al otro¹². Siguiendo el criterio de Walzer, en la configuración global de una situación de igualdad compleja el criterio de igualdad de resultados y de reducción de la brecha de posiciones puede ser pertinente si se aplica a determinados dominios específicos, como la seguridad humana, la atención de la salud o el derecho a ingresos básicos. Y el de igualdad de oportunidades sería pertinente en otros dominios, como el de la actividad económica lucrativa, que debe, en su esfera de acción, mantener incentivos a la generación de excedentes, la retribución del ahorro y del trabajo desplegado por los agentes económicos según su productividad, de modo de no penalizar su dinamismo.

11. *Ibíd.*, p. 34.

12. M. Walzer: *Las esferas de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 2001.

Los objetivos políticos del socialismo moderno. El socialismo moderno debe retomar con nuevos bríos la aspiración a más comunidad, fraternidad, justicia y libertad que estuvo en la fuente del socialismo de los siglos XIX y XX, sin desconocer las dificultades que esa aspiración debe enfrentar en el siglo XXI. En primer lugar, la dificultad antropológica, es decir, el malestar humano que suele acompañar la individuación y la disolución de las comunidades tradicionales en la civilización moderna. En segundo lugar, la dificultad sociológica, que emana de la fragmentación de las identidades, del trabajo y de la vida urbana en las sociedades contemporáneas. En tercer lugar, la dificultad ambiental, provocada por la alteración de los ecosistemas por más de 7.000 millones de humanos que habitan la Tierra, cuyo número se estabilizará en los próximos decenios en más de 10.000 millones. Por último, la dificultad demográfica derivada del creciente peso relativo en la población de las personas de edad avanzada y muy avanzada.

El objetivo primordial de la acción política socialista sigue siendo humanizar la sociedad. Esto no implica una lógica de prédica moral, sino de despliegue de luchas políticas, sociales y culturales sustentadas en alianzas complejas, con la aspiración de articular la mayor parte de los intereses de los trabajadores asalariados, las clases medias, los autoempleados, los exclu-

dos y discriminados. Se trata de una alianza social que por su heterogeneidad y amplitud solo puede encontrar una expresión política en formas organizativas plurales, pero dotadas de un proyecto que las incluya, inspire y represente en la lucha política cotidiana.

La amplitud de la aspiración emancipatoria del proyecto socialista incita más que nunca a impulsar con imaginación y espíritu práctico un proyecto histórico civilizatorio de largo aliento. La acción gubernamental enfrenta siempre dilemas y restricciones de corto plazo, pero en ella el socialismo debe mantener los objetivos de expandir la calidad de vida en su dimensión de incremento de los espacios de convivencia humana (el bien vivir más allá del trabajo para la subsistencia, donde lo prosaico deje espacio a la imaginación y la realización humana) y en su dimensión de respeto y valorización del medio ambiente, del enraizamiento cultural y de la apertura a las otras culturas. El socialismo es parte de la Modernidad y de la reivindicación de la razón para promover el progreso de la condición humana, sin desconocer que el género humano es capaz de lo mejor pero también de lo peor, y en ocasiones en nombre de la razón. Como lo demostraron las tragedias del siglo XX, ese reconocimiento subraya el deber universal de promover los valores –traducidos en derechos y obligaciones– que permiten defender

eficazmente la dignidad de la condición humana en toda circunstancia.

El segundo objetivo del socialismo es el de consagrar la democracia política extendiéndola a la democracia económica y social. Como decía Jean Jaurès, «la democracia es el mínimo de socialismo, el socialismo es el máximo de democracia». Se trata de avanzar desde los indispensables derechos civiles y políticos de los ciudadanos, garantizados por un orden institucional democrático, hacia nuevos derechos sociales, económicos, ambientales, culturales y de género.

El capitalismo no es el mercado ni la democracia. El capitalismo es la concentración económica, la subordinación de los asalariados, la apropiación privada de los recursos naturales, la desigualdad de género y el dominio del dinero sobre el sistema político. Es, en última instancia, incompatible con los ideales democráticos que el socialismo busca consagrar. La transformación socialista moderna debe reemplazar progresivamente el predominio del impulso ilimitado de acumulación por una economía plural gobernada por la democracia y orientada a satisfacer las necesidades humanas y a respetar el medio ambiente. Esto no se podrá lograr sin una cooperación acentuada en el espacio mundial con nuevas regulaciones políticas, económicas, sociales y ambientales y, en nuestro caso, trabajando por ellas al menos

en el ámbito latinoamericano. Pero es en los Estados-nación y en el espacio local donde los procesos de cambio deben arraigarse en primer lugar. El socialismo moderno debe promover, junto con una nueva arquitectura de la economía internacional, una nueva economía mixta y plural en los espacios nacional y local, con mercados pero no de mercado, con Estado fuerte pero no estatizada. Debe integrar, contrariamente al proyecto neoliberal, cuatro lógicas económicas:

- la de la provisión pública de bienes y servicios de consumo colectivo (seguridad, infraestructura, equipamientos sociales, conocimiento e innovación) o con fuertes externalidades (educación, cultura, salud) que la sociedad necesita;
- la de las empresas privadas competitivas con fines de lucro insertas en mercados regulados en los que se asignan los recursos en forma descentralizada, pero con fuertes reglas antimonopólicas y de responsabilidad social y ambiental, y en ocasiones con participación pública o de fondos de los trabajadores, y capaces de producir con eficiencia en gran escala y para los mercados globales;
- la de la economía social y solidaria de carácter cooperativo y sin fines de lucro, inserta en mercados con reglas de comercio justo o en redes locales de reciprocidad y asociada a la economía privada de pequeña escala y de circuitos cortos de producción-consumo, con fuerte capacidad de pro-

ducir integración social a través del empleo;

- la de los ingresos de reemplazo frente al desempleo, la enfermedad o la vejez y de distribución universal de una renta universal, capaz de asegurar derechos sociales básicos.

El tercer objetivo del socialismo es dominar el futuro colectivo. La sociedad moderna no solo enfrenta los clásicos problemas de la desigualdad económica y social, sino riesgos colectivos crecientes en materia política, económica y ambiental, así como la crisis de sentido y la expansión de las drogas y la criminalidad. También debe hacerse cargo del cambio cultural que suscitan la mundialización de las comunicaciones, la aceleración de la globalización de las economías y la emergencia de las nuevas tecnologías de la información y de las biotecnologías como motores del cambio tecnológico. Este último aspecto tiene fuertes consecuencias éticas y abre interrogantes sobre el modo de convivir en sociedad y sobre los límites a establecer en la intervención en los genes y los embriones y qué hacer con los productos genéticamente modificados, cuya respuesta no puede ser dejada solo en manos de los científicos, y menos de los poderes económicos privados. Dominar el futuro colectivo –y sustraerlo de la lógica mercantil– es entonces cada día más necesario para que el progreso técnico permita lo mejor (el más amplio bienestar y bienestar) y no contribuya a

agravar lo peor (la explotación económica y la dominación política y de género, la discriminación, las diversas formas de violencia, la degradación ambiental y urbana, la manipulación genética descontrolada).

El socialismo moderno debe afirmar, contrariamente al neoliberalismo –versión contemporánea de la vieja ideología justificatoria del capitalismo–, que los seres humanos no están condenados a funcionar de acuerdo con incentivos vinculados al afán de lucro y la maximización del interés propio en sociedades individualistas, jerarquizadas e injustamente desiguales, sino que están abiertos a favorecer los intercambios recíprocos, la cooperación desinteresada y la defensa del interés general.

■ ¿Qué pasó con el socialismo chileno?

El socialismo chileno contemporáneo es una fuerza política nacida en el contexto de la crisis de la década de 1930. Sus antecedentes más remotos se encuentran en la Sociedad de la Igualdad fundada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao en 1850, luego en las mancomunales y sociedades de resistencia, y más tarde en los sindicatos y los partidos de izquierda, con la figura emblemática, en los albores del siglo xx, de Luis Emilio Recabarren¹³.

13. Ver Jorge Arrate y Eduardo Rojas: *Memoria de la izquierda chilena 1 (1850-1970)*, Javier Vergara, Santiago de Chile, 2003.

El socialismo chileno nació para cambiar el orden oligárquico tradicional en Chile, y también como alternativa libertaria al estalinismo. Gobernó con el Frente Popular en 1939-1941, y también se integró brevemente al gobierno de Carlos Ibáñez en 1952 en contra de la opinión del líder histórico del socialismo chileno del siglo xx, Salvador Allende, que lideró una combinación amplia de izquierda desde 1958. Jugó un rol protagónico en el apoyo a las políticas de industrialización, de nacionalización del cobre y de reforma agraria, que marcaron la agenda política de buena parte de la segunda mitad del siglo xx.

No se alineó con el modelo soviético, aunque sí lo hizo una de sus expresiones después de 1973. En este sentido se pronunciaban su programa de 1947 y, en 1953, uno de sus líderes, Eugenio González:

Ningún método de violencia estatal, menos aún la violencia erigida en sistema, es compatible con la índole del socialismo. Puede realizarse por la violencia una cerrada planificación económica que, acortando etapas, haga pasar a un país, en breve plazo, del feudalismo agrario al industrialismo exacerbado, pero ello se hará a costa de una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano del Estado totalitario. El socialismo es revolucionario por sus objetivos, que implican un cambio radical en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, desde el momento en que

procura el respeto a valores de vida que exigen el régimen de libertad. De ahí que no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún: solo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados. La intervención estatal no debería convertir al Estado en empresario ni generar burocracia ni tiranía. No hay que estatizar la economía sino socializarla, es decir, humanizarla (...). Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y los valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista.¹⁴

A estas definiciones, dos décadas más tarde, no fue ajeno el proyecto de «vía chilena al socialismo» de Allende, quien señalaba:

Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista (...) democrático, pluralista y libertario (...). Para nosotros, representantes de las fuerzas populares, las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el periodo histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer (...). Nuestro camino es instaurar las libertades sociales mediante el ejercicio de las libertades políticas, lo que requiere como base establecer la igualdad económica.

14. «Socialismo y liberalismo», discurso en el Senado, 20 de octubre de 1953, en Eugenio González Rojas: *Pensamiento vigente: disjecta membra*, Pequeño Dios, Santiago de Chile, 2011, p. 123.

Este es el camino que el pueblo se ha trazado porque reconoce que la transformación revolucionaria de un sistema social exige secuencias intermedias. Una revolución simplemente política puede consumarse en pocas semanas. Una revolución social y económica exige años. Si no se reconoce esta exigencia natural del cambio histórico, la realidad se encargará de recordarla (...). Sabemos que cambiar el sistema capitalista respetando la legalidad, institucionalidad y libertades políticas, exige adecuar nuestra acción en lo económico, político y social a ciertos límites.¹⁵

Entre 1970 y 1973, Allende encabezó el esfuerzo de cambio social y de independencia nacional más amplio que conociera la historia de Chile, aunque sin el suficiente sustento social y político y en un contexto marcado por la Guerra Fría y la intervención estadounidense, por lo que resultó trágicamente interrumpido por un brutal golpe de Estado y la violencia refundacional de una dictadura que se prolongó durante 17 años. Esta impuso un modelo de libre mercado que reconstituyó el poder de las oligarquías dominantes y que, además, logró prolongar un sistema de interdicción parcial de la soberanía popular.

En 1989 el socialismo, fragmentado después de la derrota de 1973 y con una de sus vertientes instalada en el exilio en la República Democrática Alemana y aliada al bloque soviético, se reunió al caer el Muro de Berlín rescatando y renovando las banderas

del socialismo democrático, el mensaje libertario y el respeto irrestricto de los derechos humanos. En esa línea se integró a los gobiernos de la Concertación. Así, el socialismo fue, entre 1990 y 2010, de nuevo un partido de gobierno, ahora como parte de una coalición mayoritaria de «centroizquierda». Entre 2000 y 2010, dos de sus miembros fueron presidentes de la República. Pero luego de su derrota de 2010, ¿cuál es su balance y cuál es su futuro?

Por definición, el programa y la práctica gubernamental –de una transición a la democracia difícil y en amplia coalición, con intereses contradictorios, con logros en crecimiento económico pero no en reducción sustancial de las desigualdades o en protección de los recursos naturales y del medio ambiente– solo recogieron parcialmente el proyecto de sociedad que el socialismo chileno ha encarnado. Esta fuerza política ganó desde 1990 legitimidad gubernamental y capacidad de inserción en el Estado, pero, al mismo tiempo, perdió raigambre en la sociedad y capacidad de propuesta y de acción contra las desigualdades. Hoy, el pragmatismo burocrático que caracteriza su dirección no necesita de inserción social ni de programa. En efecto, el socialismo sufrió una pérdida de identidad en pos de llegar al po-

15. «La 'vía chilena al socialismo'», discurso ante el Congreso de la República, 21 de mayo de 1971, disponible en <www.marxists.org/espanol/allende/21-5-71.htm>.

der gubernamental mediante alianzas desequilibradas con partidos de centro, en las que renunció progresivamente a rasgos centrales de su propio programa.

La sociedad civil, y en especial los jóvenes, han en cambio radicalizado sus aspiraciones y ampliado su capacidad de movilización autónoma. Esta evolución reciente ha puesto la forma partidaria tradicional del socialismo en crisis y este ha experimentado sucesivas escisiones. El futuro dirá si puede recomponerse como fuerza de transformación, lo que en todo caso supondrá un esquema de alianzas concordante con aspiraciones programáticas presentes en la sociedad, como la recuperación para el Estado

de la propiedad y de las rentas de los recursos naturales y su inversión en el desarrollo productivo y en la protección social, la negociación colectiva y el derecho de huelga efectivos, la promoción de derechos universales que incluyan la educación pública gratuita y un sistema público de salud de calidad, la igualdad de género, el derecho al aborto, el reconocimiento de derechos a los pueblos originarios, el matrimonio igualitario, la protección del ambiente, el desarrollo local contra la segregación urbana, etc. Estas aspiraciones programáticas no podrán prosperar sin la refundación de las instituciones y una nueva constitución que refleje la soberanía popular y la cultura ciudadana chilena de inicios del siglo XXI. ☐

POLÍTICA y gobierno

Segundo semestre de 2012

México, DF

Volumen XIX N° 2

ARTÍCULOS: **Irma Méndez de Hoyos**, Coaliciones preelectorales y competencia partidista en México a nivel federal y local (1994-2011). **Alejandro Trelles y Diego Martínez**, Fronteras electorales: Lecciones de la redistribución en México para California. **Irvin Mikhail Soto Zatueta y Willy W. Cortez**, El papel de la educación sobre la competencia política en México: Un análisis a nivel estatal, 1980-2009. ENSAYO: **Gonzalo Castañeda**, Un mundo sin elefantes y un México competitivo. NOTAS DE INVESTIGACIÓN: **Javier Hurtado y Alberto Arellano Ríos**, Las agrupaciones políticas nacionales (APN) y el registro condicionado de los partidos políticos en México. **María Laura Tagina**, Factores contextuales, predisposiciones de largo plazo y *accountability* electoral en Argentina en tiempos del Kirchnerismo. RESEÑAS.

Política y Gobierno es una publicación semestral de la División de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Carretera México-Toluca 3655, Km 16,5, Lomas de Santa Fe, 01210 México, DF. Apartado postal 116-114, 01130 México, DF. Tel.: 727.9836/727.9800, ext. 2202. Fax: 570.4277/727.9876. Correo electrónico: <politicaygobierno@cide.edu>. Página web: <www.politicaygobierno.cide.edu>.